

SALVADOR RUEDA ANTE CARTAGENA

P O R

ANTONIO LINAGE CONDE

Para Federico Muñoz y Muñoz, embajador literario de Málaga en Madrid; y José Alvarez de los Ríos, otro malagueño que se acuerda de Salvador Rueda.

Cartagena es una ciudad pintiparada para ilustrar las verdades indiscutibles de que la urdimbre de la historia está tejida de una combinación de la identidad con el cambio y de que la reciprocidad de las influencias entre el hombre y el medio es una de sus constantes.

A la vista está la esplendidez de su puerto, ante todo por lo privilegiado de sus defensas naturales. Y sin embargo, a lo largo de una evolución que ha unido los orígenes y la situación actual en el aprovechamiento de tal geografía y el cultivo de la consecuente vocación marítima, han tenido lugar sorprendentes soluciones de continuidad ajenas a esas posibilidades esenciales.

En efecto, tal y como lo ha sintetizado Juan Torres Fontes (1) «el esplendor y grandeza, población y riqueza que mantuvo durante siglos Cartagena bajo dominio de Cartago y Roma iban a dejar paso a otro largo periodo, aún más extenso, en el cual es sólo recuerdo de un pasado famoso», a saber la ocupación bizantina y su destrucción en tiempos de Suintila —*in desolationem redacta est*, que se lamentaba el más esclarecido de sus hijos (2)— la preterición musulmana; y «el letargo» castellano de

(1) *El concejo de Cartagena en el siglo XIII*, Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 1977, pp. XVII-XIX.

(2) San Isidoro, *Etymologiae*, XV, I, 67.



los tres últimos siglos de la Edad Media, salvo el ensueño de Alfonso X de hacerla matriz de la Orden de Santa María de España, llamada también de la Estrella y de Cartagena, para las empresas de «allend mar» (3), y los dos «momentáneos renacimientos» de Pedro I y Enrique III. Hasta llegarse a su vuelta a la vida bajo los Reyes Católicos por las empresas italianas de éstos y las africanas de Cisneros.

Siendo quizás posible enlazar a partir de entonces, ya sin bruscas cesuras, con esta Cartagena de hoy fiel a su residencia en el planeta, y asentada en una realidad por encima de la desorbitación de los episodios más estridentes, o brillantes si se prefiere, de su devenir (4). Una realidad que no escapó a las profundas dotes de observador retrospectivo de Ramón J. Sender, aunque precisamente, al situar en la ciudad el argumento de una de sus obras maestras, *Mister Witt en el cantón*, nos la hubiera de describir en aquél el momento más espectacular y propicio al sensacionalismo, de su historia moderna:

Cartagena era una plaza fuerte, con sus murallas por Quitapellejos hasta la estación del ferrocarril, cerrando por San José y Monte Sacro sobre el puerto. Por los flancos, montañas peladas se erguían y entraban en el mar, formando el puerto natural mejor del mundo, según los cartageneros más entusiastas [...].

Como plaza fuerte y apostadero, Cartagena tenía algo de cuartel y de cámara marinera. Las jerarquías militares trascendían a la calle. Se distinguía muy bien a un teniente de navío

(3) *La Orden de Santa María de España*, del mismo J. TORRES FONTES, en «Miscelánea Medieval Murciana», Murcia, 1977, pp. 75-118. Cf. A. OROZCO ACUAVIVA: *Cuatro etapas del Cádiz antiguo*, en el volumen colectivo «En torno a Pemán», Cádiz, 1974, pp. 279-98, la cita de la p. 283.

(4) José-María Jover Zamora acaba de llamar la atención cual una de «las resultantes de un proceso mitificador», sobre «la identificación entre Cartagena y cantonalismo, fruto de una simplificación que había reservado el nombre de socialismo para las manifestaciones del cantonalismo andaluz, en la España de comienzos del siglo XX». En este contexto «los prestigios clásicos de la antigua Carthago Nova servirán, por otra parte, para ambientar el aura de intemporalidad mitológica que conviene a la Madre, a la Historia, en trance de emitir veredicto sobre la Primera República Española». Ello a propósito del desarrollo parcial allí, por Galdós, de *La primera república* y *De Cartago a Sagunto*, de manera que «la presentación de la ciudad en la realidad de su geografía, de sus calles, de sus gentes, de la idiosincrasia de estas últimas, venía a incorporar al mundo costumbrista de los Episodios un elemento inédito, con valor de reportaje de primera mano; en este sentido Sender seguirá, un cuarto de siglo más tarde, las huellas de Galdós»; Real Academia de la Historia, *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración. Discurso leído el día 28 de marzo de 1982 en el acto de su recepción pública por el Excmo. Sr. D. J. M. J. Z., y contestación del Excmo. Sr. D. José-Antonio Maravall Casesnoves*, Madrid, 1982, pp. 89-95.



de un capitán de corbeta. Los pilluelos de Escombreras y de Santa Lucía, que se asomaban a las cancelas ofreciendo un pulpo «para asar» o un kilo de «aladroques», o los de tierra adentro, que llegaban siguiendo el carrito de verduras, del que tiraba un borriquillo, sabían rendir pleitesía a un sargento primero, de barba corrida.

La pequeña población indígena, la que vivía «sobre el terreno», sin relación con los habilitados del Ejército o la Marina, se dividía en dos clases. La que residía dentro de la muralla y la que caía fuera, en Quitapellejos, Santa Lucía, el Hondón, Escombreras y otros pueblos. El barrio de Quitapellejos lo habitaban en su mayoría los obreros del Arsenal. El de Santa Lucía, pescadores y obreros de la fábrica de vidrio. Los de Escombreras eran metalúrgicos, pescadores y campesinos (5).

Una descripción no sólo física, sino humana, que el novelista complementa con una tajante afirmación de psicología colectiva, al asegurarnos que «todo cartagenero tenía y tiene en los ojos la sombra de una aventura fracasada. A unos les dobla el ánimo. A otros les fuerza a erguirlo más, a erguirlo demasiado» (6); y penetrar en la entraña de su cante singular, «malagueñas bravías. Malagueñas con hierro en la garganta y un poco de pena salvaje y solitaria, que en la malagueña de Málaga es dulce como su mar. Eso es la cartagenera» (7). Sin olvidarse del aspecto ilustrado que los contactos por el mar y las inquietudes de los tiempos por la prosperidad habían dado a ciertos ambientes, grupos, y personas. El aspecto ejemplificado cuando ante ciertos visitantes, concretamente el cónsul inglés y el ayudante mayor de la Comandancia de Marina, mister Witt «no era ya mister Güi, sino mister Jorge Witt, correspondiente de la Royal Society of Science, que esperaba poder justificar a los ojos del cónsul y de las autoridades de Marina su propia gravedad e importancia alcanzando un día el collar de miembro de número de dicha Royal Society of Science» (8).

Un cuarto de siglo más tarde, el clamoroso episodio se ha pasado, aunque no haya caído, ni mucho menos, en el olvido. Y uno tiene la impresión de que su memoria se va haciendo más y más simbólica en Cartagena y fuera.

Mientras la ciudad prosigue la misma línea en su nuevo devenir. Y

(5) *Mister Witt en el cantón*, Madrid, 1936, I, marzo, 3, pp. 28-9.

(6) III, octubre, p. 220.

(7) I, mayo, 5, p. 61.

(8) I, marzo, 2, pp. 16-7.



entonces, exactamente el 3 de agosto de 1902, es cuando el todavía joven Miguel de Unamuno tiene ocasión de esponjar en ella sus meditaciones y sentires históricos (9), a título de mantenedor de sus juegos florales (10), y en torno a un tema tan ambicioso como *España y los españoles* (11).

Para el estimulante y paradójico profesor del claustro salmantino, no es una casualidad que se aprovecha la de hablar allí, en Cartagena precisamente. Que él siempre estuvo convencido de la trascendencia de cada lugar concreto, y no sólo para irradiarse hacia anchurosidades planetarias y aun cósmicas mucho más amplias pero siempre eso, concretas y diferenciadas, sino incluso por una cierta capacidad despertatoria a la metafísica (12), y por supuesto a lo universal.

Y allí, en aquella ciudad que conserva el nombre que recibió de la otra ciudad del continente vecino, la sede de la civilización y el poder enemigos de Roma y con eso está dicho todo, y en un momento de la historia española dominado más o menos sordamente por el antagonismo de las posiciones doctrinales susceptible de desembocar en un enfrentamiento civil sin límites a lo cruento, don Miguel se plantea el problema de cuáles son los componentes del hombre español y dónde está la entraña de su historia genuina recibida en su presente a título de herencia irrenunciable.

Por supuesto que no reniega de Roma. ¿O acaso podía haberlo hecho él precisamente, el vasco enamorado hasta la idolatría de la lengua castellana? De manera que al dar fe de que España es un país latino lo hace con la satisfacción de exhibir una ejecutoria espiritual y no con la mera escrupulosidad de reconocer un hecho:

lo más y mejor de lo que a costas llevamos, debémoselo a Roma: latina es antes que nada nuestra cultura (13).

Sin embargo, como español se siente vencido por Roma, y tanto cual filólogo clásico (14) como a guisa de heterodoxo sentidor religioso. Por

(9) «La vena de mis pensamientos».

(10) «Más que un juego, un oficio de culto patriótico».

(11) En «Revista jurídica y de ciencias sociales», de Buenos Aires, XIX, 2, núm. 3, septiembre de 1902, reimp. en «De esto y de aquello», III, Buenos Aires, 1953, pp. 593-609. No se ha publicado en las ediciones varias de sus obras completas.

(12) «Cada día ahonda y se enraíza en mí más la convicción de que al hombre universal y eterno hay que ir a sacarlo del seno del hombre local y pasajero»; *ibid.*, p. 603.

(13) Lo que llega a axioma, de que somos un país latino sencillamente.

(14) «El conceptismo que apunta en Séneca, el gongorismo que asoma en Lucano, y el realismo truculento de Prudencio, hermano del realismo escultórico de los cristos descoyuntados y sanguinolentos y de las Dolorosas con lágrimas, fueron y son rechazados naturales de un espíritu aprisionado por una estética arrimadiza y de pegadura». Por cierto que ya es hora de desterrar la burda leyenda, una más de las que a don



eso insiste, lejos de soslayar la confesión, en que «dos veces nos ha vencido Roma». La segunda por obra de la ortodoxia católica cuyo espaldarazo en la Península él sitúa en la sustitución del rito visigótico por el romano y la europeización (15) que trajo consigo la influencia en la monarquía castellano-leonesa de los monjes de Cluny (16): «Y así —son sus palabras—, concluida la Reconquista acabó de romanizarnos la invasión cluniacense».

Y a fin de cuentas insiste en lo pre-romano como lo más representativo y profundo del hombre hispano, haciéndolo enlazar, un poco caprichosamente nos parece, con lo más diferencial de su contextura moderna. Hasta el extremo de que, en una dimensión más concreta, ese abolengo de lo indígena anterior a la penetración latina, le sirve de una parte para explicar los movimientos sociales de la España contemporánea en lo que tienen de particular, y de otra para alimentar sus inquietudes e ilusiones de reformador religioso. En el primer sentido escribe (17):

el sentido religioso que lleva a una parte de nuestro pueblo, cuando a la conquista del pan despierta, no a abrazar de preferencia el socialismo, que es una escuela económica llevada a partido político, o a la inversa, sino a hacerse anarquista, porque el anarquismo es ante todo y sobre todo religión.

Y en el segundo quiere tener por comprobado cómo «en las entrañas de nuestro catolicismo latino, si es que en alguna parte, vive el cristianismo español».

Y llegado ya el momento de tomar posiciones para el futuro, con los pies bien asentados en esa cimentación histórica (18), su salida es un canto a la ilustración entonado polémicamente desde una exaltación de

Miguel han rodeado estúpidamente, de que era un catedrático de Griego que no sabía griego. Nosotros la hemos oído hasta en la propia Salamanca. Que ciertos eruditos, dominados por el fantasma inquisitorial de esa especialización que Ortega y Gasset denominó la máxima incultura, no le hayan perdonado saber otras cosas, es harina de otro costal.

(15) ¿Realidad o aspiración? ¿De veras europeización o simplemente europeísmo?

(16) Sabida es la significación, que también se ha hecho llegar a símbolo, de esta huella. Sobre la misma está en prensa nuestro trabajo, *El impacto de Cluny en la historia española*, en las Actas del Congreso de Pescia, noviembre de 1981, Universidad Coluccio-Salutati, «L'Italian el quadro della espansione europea del monachesimo cluniacense».

(17) Esta cita debe ser complementada con toda la problemática del Unamuno socialista que desde luego fue realidad en una etapa de su vida.

(18) Tarea para la cual encuentra «singularmente preparados» a los cartageneros. Véase la nota 4 y cf. F. J. DIEZ DE REVENGA: *Clio en Cartagena. Notas a Pérez Galdós*, en «Murgetana», núm. 52, 1978, 135-43; y L. LOPEZ MARTINEZ: *Las fuentes históricas de «Mister Witt en el cantón» de Ramón J. Sender*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia,



lo mercantil y lo pedagógico frente a lo castrense, de lo cual la Cartagena de sus días le parece un pintiparado ejemplo a imitar. Así elogia el derribo de las murallas que se estaba llevando a cabo, «deshaciendo la obra guerrera que inició Asdrúbal en vosotros, quebrantando el sello militar para haceros del todo mercaderes», y le da un significado simbólico, relacionándole con el envío de estudiosos al extranjero: «Sé que de la cultura os cuidáis, que rendís culto al porvenir encarnado en los niños, que queréis que las tumbas cedan lugar a las cunas; sé que la educación de vuestros hijos es vuestro mayor quebradero de cabeza y que esta ciudad va a la delantera de la vanguardia en la regeneración educativa de España».

Comparando, en fin, la Cartagena de su visita con el Bilbao de su nacimiento:

Me recuerda este pueblo a mi pueblo, Bilbao mercantil y minero también, aquel en el Atlántico, éste en el Mediterráneo, en el Mediterráneo que al abrirse el istmo de Suez dejó de ser el *mare nostrum* europeo.

EL POETA SALVADOR RUEDA Y EL ESPACIO

Y situada ya la ciudad de Cartagena en el momento en que Salvador Rueda Santos la cantó, vamos a decir sobre éste lo que nos sirva para encuadrarle como vate de la tal.

La procedencia social de este poeta de la Andalucía Oriental, nacido de labradores en el pueblecito malagueño de Benaque el año 1857 y muerto en la capital de la provincia el 1933, era muy humilde: «Llegó a los diez y ocho años sin saber más que garrapatear su nombre», nos asegura Julio Cejador y Frauca. Y ni su profesión futura de bibliotecario ni sus menguados ingresos por la literatura le permitieron nunca salir de una vida modesta (19). Pese a lo cual consiguió hacer varios viajes a lo ancho del mundo hispano, no solamente a América sino a Filipinas (20).

1972. Por cierto que Unamuno aprovecha una vez más la ocasión allí para rechazar la superficialidad tópica europeísta y sin cargar tampoco el acento en la lírica hispano-americanista aunque aluda a ella cual a una realidad: «Se nos ha dicho y repetido —y yo lo he dicho y repetido por mi parte— que debemos europeizarnos. Me desdigo; europeizarnos, no, que Europa nos es pequeña; universalizarnos más bien, y para ello españolizarnos más aún», *ibid.*, pp. 606-7, y alusiones a la postura frente a la «América española».

(19) Véase L. T. PAPPAS: *Breve biografía de Salvador Rueda con sus cartas inéditas dirigidas a su primo*, «The Citadell, Monograph Series», VIII, Charleston, 1970.

(20) Crónica: *Salvador Rueda en Filipinas. Jornadas de poesía y patriotismo*, Casino Español, Manila, 1915.



Implicando ello ya de su parte lo que, tratándose de un escritor, mejor todavía que un mero gusto viajero podríamos llamar una cierta complacencia por el espacio. Y efectivamente, la geografía cuenta mucho en su inspiración y en su temática. Siendo un sintomático indicio de lo que escribimos la repartición de su libro *En tropel*, publicado en 1892 con un «pórtico» de Rubén Darío, en *Cantos del Norte*, *Cantos de Castilla* y *Cantos del mediodía*.

Que su andalucismo sea esencial y constante es otra cuestión.

Pero de lo que no cabe duda tampoco es de la sinceridad de su aliento cuando canta a las otras tierras de España, y a las más diversas, incluso a las húmedas y atlánticas tan alejadas y distintas de la suya nativa. Una integralidad no demasiado común en su época, a fin de cuentas noventa y ocho (21). Es, en efecto, ése, un momento de exaltación castellanista, como de algún repliegue, de un cierto retorno a lo castellano central, quizás por el deseo no del todo consciente de reconcentrarse en lo más abrigado del propio solar al haberse perdido de manera particularmente penosa, extemporánea y humillante las últimas tierras exóticas y ultramarinas del que fue un gran imperio. Por lo tal, nos parece, y no por la nostalgia que pudiera situar, más o menos discutiblemente, en esa la paramera interior de Castilla los orígenes de la dimensión planetaria y oceánica definitivamente ida.

Y si Andalucía al fin y al cabo salvaguarda su potencia merced a la carga retrospectiva de su orientalismo y su seducción folklórica, y el septentrión revela una fecundidad insospechada como escenario de buena parte de la tan floreciente novela realista, según lo ha puesto de relieve el historiador José-María Jover Zamora, de un cierto menosprecio del lujurioso paisaje de la huerta levantina se ha podido quejar a la postre, ya en nuestra postguerra, el valenciano Joan Fuster. Así, el genial sevillano universal Rafael Cansinos Asséns pudo dedicar sendos libros profundos a las novelas sevillanas de José Mas y Laglera y a las del norte de Concha Espina, cual pareja de paradigmas en que la tierra cuenta en la elaborada imaginación creadora.

Por otra parte, de que Salvador Rueda pudo ser el mentor del modernismo español, a no haberse interpuesto genialmente Rubén Darío en

(21) Véase su poema *Inri*, «escrito al perder España sus colonias», texto en «Poesías completas», Barcelona, Maucci, 1911, en adelante, PC, pp. 20-3.



su tal cualidad, tampoco creemos pueda hoy seguir dudándose (22). Sugestivamente lo ha escrito Tomás Borrás (23):

¿Por qué se le ha privado a Salvador Rueda del cetro del modernismo, aquel borbotón, segundo romanticismo, renovacional, himno al yo, rebeldía de libertad libérrima. [...] Salvador Rueda, el borbotón de Málaga tartessia, árabe, ibera, fundadora, añorante, clavó una estética en la puerta de lo académico, sonó el clarín de arreboles, lo penumbroso se multicrisó de reflejos, como un ópalo. Cuando el profeta arrebatava mentes, y el temblor de su cántico incitaba desórdenes sobreabundantes, y su aleluya era fundente de las adolescencias sin prejuicios fabricados; cuando le aclamaban, «¡Tú, Rey!», entró Rubén Darío con la cosecha de Salvador Rueda en las manos; era americano, ídolo de bronce y leyenda, enorme y misterioso. Seguidor del chorro aquél de matices y sin leyes con armonía, se volvieron a él los rostros: era exótico. Y los epígonos le quemaron incienso merecido».

Y confirmatorio de lo que venimos diciendo, ya a la luz de esta coordenada, es que cuando el malagueño acude a la cantera exótica, que a aquella temperatura modernista no podía faltarle, más que en el espacio lo hace sobre todo en el tiempo, buceando en la sima histórica de las civilizaciones clásicas y del antiguo Oriente, relegada la geografía ficticia precisamente por bastarle la visible, incluso lo tan socorrido parisino, que por la manera de ser tratado por sus coterráneos en lo exótico y convencional hay que clasificar a pesar de la vecindad de la Francia real en el mapa (24).

Y en fin, por esos los itinerarios a lo largo y a lo ancho de la variada geografía española, España como tal llega a ser también fuente en sí misma de inspiración y argumento para nuestro poeta. España no ya sólo creemos, como realidad política, nacional o histórica, sino como visión geográfica de conjunto.

(22) Véase A. GONZALEZ BLANCO: *Salvador Rueda y Rubén Darío. Estudio cíclico de la lírica española en los últimos tiempos*, Madrid, 1908.

(23) *Todos y nada de la Villa y Corte*, Madrid, 1965, pp. 207-8.

(24) Cfr. A. ZAMORA VICENTE: «*Divagación*»: *Aclaración sobre el modernismo*, en «*El comentario de textos*», volumen colectivo, I, 2.^a ed., Madrid, 1973, pp. 167-93.



ANTE EL MAPA DE ESPAÑA

Así las cosas, y desde luego sin pretensión exhaustiva alguna (25), vamos a ejemplificar esta sensibilidad de Salvador Rueda por las distintas tierras españolas y por el país en conjunto, prescindiendo, pues ello sería menos significativo y nos desbordaría, precisamente de su Andalucía natal.

Y si arriba decíamos que la España atlántica no está ausente de su temario, llegados a este trance de pormenorizar, no sólo lo vemos confirmado al detalle, sino que tenemos la sensación de que lo común de la vecindad marina y lo nebuloso de su atmósfera propicia al despliegue de la fantasía, acaso hicieron al malagueño sentirse más próximo a sus horizontes que a los de la paramera castellana.

Tal en Asturias (26), «un país de felpa verde» hecho de «todos los verdes distintos», «desde el sulfato de cobre, — que es un azul esmeralda, — hasta el que lleva en su espalda — el verdoso mar salobre», de «tan suave tono» que «parece un ropón de terciopelo»; donde *el campo escribe una sinfonía de color, la melodía que el ojo recibe en su luz, algo alado y musical*, hasta el extremo de que «y una altura y otra altura — en ese color se pierde». Llegando a la grandiosidad de ver allí toda una transmutación musical de la naturaleza (27): «Y no sé por qué ilusión — yo oigo en las ramas verdosas — las largas notas llorosas — de una amorosa canción».

En cambio el soneto *Lo que dice Asturias* (28) no es más bien un elogio convencional y de compromiso, entre *la sidra de oro* y *la niebla azul* (29).

Mientras que *El alma de Asturias* (30), en serventesios dodecasílabos, resulta mucho más lírica. El poeta quiere aquel paisaje perennemente neblinoso y lluvioso, y por eso le siente *quejumbroso* y *lastimero*, simbolizán-

(25) Véase J. ROMO ARREGUI: *Salvador Rueda, Bibliografía*, en «Cuadernos de literatura contemporánea», 7, 1943, pp. 83-8. Las pp. 3-88 de este número consisten en variadas colaboraciones sobre nuestro poeta.

(26) *Variaciones sobre un color*; texto tomado de *Cantando por ambos mundos*, bajo el subtítulo de «nueva colección de poesías», recopilación posterior a la citada en la nota 21 (Barcelona, 1914), también de la casa Maucci, con el retrato igualmente del poeta en la portada, ya algo histórico, de la edición española, pp. 197-8, en cuartetas. En adelante = CAM.

(27) *Lección de música*, CAM, pp. 55-7, versos libres de 15 sílabas en estrofas de 6 y de 4.

(28) CAM, p. 351.

(29) *La herrada* es un cromo de costumbres, PC, pp. 175-6. Como el también romance, sólo que pentasílabo en vez de octosílabo, *Esfollaza*, igualmente descriptivo costumbrista, CAM, 218-22.

(30) PC, 390-3.



dole en el *lamento de los ejes dolorosos de sus carretas*, hasta en los *fantasmas y los duendes* de sus leyendas miedosas aunque heroicas. Concluyendo, en un gesto de buen humor meridional, con una apelación a la sidra en busca de la fraternidad con el vino de su tierra: «Y pon al borde hirviente de tu áureo vaso — un cerco de cigarras de Andalucía».

Por su parte, en el *romance al Bierzo* (31), el punto de mira es muy vario, oscilando entre lo meramente apacible de su naturaleza — «a la plácida frescura — de la sombra de tus huertos — que tienen del mediodía — el sol brillante y espléndido»—, el aliento épico-lírico de los meros nombres geográficos en sí mismos prestigiados por la carga de las evocaciones que su enunciado sin más arrastra —«¡Ponferrada de mi vida!

— ¡Villafranca de mis sueños! — ¡Bembibre que en mi memoria — tienes altar de recuerdos!»—; y su utilización instrumental, ¿a qué disimularlo?, algo forzada, para traer a colación la antigüedad griega (32).

Sensibilidad, pues, al septentrión, sí. Pero sin perder de vista ni durante su temporal cautividad por ella su esencialidad meridional. Lo que de una manera un tanto infantil nos ejemplifica en los sextetos alejandrinos (33) de *La niebla*, nada menos que toda una alegoría militar, la batalla del norte contra el sur, eso, del sol contra la niebla, sol que desde luego resulta victorioso de las alas de las preferencias del poeta por la luminosidad que identifica con lo español y latino. Por un lado, «del Norte se desprende; es la ondulante niebla». Por otro «tropas de luces parten de Málaga y Sevilla, — da sus reflejos Cádiz, del agua maravilla, — y de sus cielos Córdoba las tintas y arrebol». Hasta que «la niebla aniquilada se lanza a otras regiones — de más oscuro y menos español». Y sin embargo, como una cierta persistencia en esos valores nórdicos tan propicios a la imaginación creadora, apostilla ya en su tierra, pero diríamos que ahora con alguna nostalgia de las puestas en fuga de allá arriba: «Y siguen los fantasmas, como en el Viernes Santo — la procesión camina con misterioso andar». A fin de cuentas, la unión, pues, entre los dos polos, a través de una estampa del folklore familiar y más entrañable.

Y en cuanto a Castilla, y reiterando nuestras protestas anteriores de toda carencia de pretensiones de exhaustividad, tenemos la impresión de que cuando Salvador Rueda la canta lo hace un tanto como símbolo o

(31) CAM, 442-3.

(32) El idilio de la vida de Cloe, la cornamusa de Pan, el ritmo griego, el canto de las abejas de Himeto, el de Homero, los versos de Marco, los fulgores del Cefiso, la flauta de Dafnis.

(33) CAM, 228-30.



encarnación de algo más trascendente, con una cierta frecuencia, pero no por castellanismo, que quede bien claro, sino acaso precisamente por alguna falta de vibración espontánea ante la austeridad de su paisaje mismo, que le hace ver en él, trascendido lo geográfico en aras de lo histórico, algo así como una dimensión hispana o incluso universal, según luego en algún botón de muestra veremos.

Mientras que en este apartado de lo concreto vamos a quedarnos con dos cantos a Albacete (34), «sencilla, labradora ciudad, vaso de luz por Dios ungida, tierra de la honradez, madre y señora», en el soneto de su nombre, alusivo a su coronación allí el día 13 de septiembre de 1908; y en los versos libres, continuamente asonantes sus impares, subtitulados *La ciudad de los puñales* y que fueron leídos en el dicho acto, abundando primero en la misma loa campestre trocada después un tanto abruptamente en la ficción heroica traída a cuento por la industria más popular del lugar, una manifestación más de que el pacifismo que abunda en la obra del malagueño no es en él una constante ni mucho menos.

Que le sedujera el mundo mediterráneo, aun perdida de vista su costa andaluza, estaba puesto en razón.

De ahí su fervor barcelonés (35) que comienza por la laboriosidad proverbial de esa la gran ciudad, «del trabajo» que escribe, y que a través de unos ditirambos en que llega a desearla la capital del reino y aun de una entre presentida y también augurada comunidad hispánica, exalta parecidos valores a los que luego veremos loa en Cartagena, si bien desde ahora hayamos de renunciar a cualquier paralelo entre los dos poemas, aunque desde luego sería posible sin ningún esfuerzo y en definitiva fructífero. Valores que encubren bastante la mediterraneidad, que hay que adivinar un poco, lo que en cambio no es el caso de Palma de Mallorca (36), cuyo argumento narra que la flota errante de los dioses caídos de Atenas encuentra en la isla su nueva tierra, la isla que ve al detalle el vate mientras «el Jaime Segundo veloz dividía —el mar en dos lienzos de luz y de oro», trama que es compatible con el entusiasmo lírico, muy hondo ante la belleza de aquélla, a la que presiente quizás no vuelva a ver, tanto que añora el descenso post-mortem a sus grutas, y aunque también acabe siendo menos concreta la visión de su paisaje, «tu anillo de mares, — tu cinta de arenas, — tus costas, tus torres, tu azul lejanía».

(34) PC, 81-2 y 211-2.

(35) *La ciudad condal. (Gratitud por sus fiestas magníficas)*, PC, 253-6. La rima y la medida tienden a libres, si bien predominan las asonancias de los impares y la alternancia de exasílabos y dodecasílabos.

(36) *La emigración de los dioses*, CAM, 180-2, en serventesios dodecasílabos.



Visión en cambio que no puede ser ya más sensual, y detallada por complacida o si queremos a la inversa, en Valencia y su huerta.

Caminando a Valencia (37), desde que «detiene el tren en Játiva su curso poderoso», y se tiene la sensación de haber despertado *en medio de un milagro*, con la exaltación de los frutos y los colores de esa huerta en que «cayóse Dios de cara», y el ritornello de la imagen constante aplicada a su alfombra vegetal del tejido y el bordado — *un pañolón de sedas, mantón, cendal, ¡casulla que te extiendes cual manto luminoso bordado de palmeras y verdes limoneros!* Tanto que le acude sin más a la mente el sentimiento patrio, por un lado — «oyendo un son de gloria que dice: ¡España, España!»—; y por otro, a guisa de supremo tributo, el anhelo de una cierta comunión con la ciudad amada en el tramonto de esta vida:

Quando mi cuerpo muera repica tus campanas,
ciudad que tanto quiso mi fe de visionario,
¡y oiré desde otras vidas más puras y lejanas
llorar por mí, ¡oh Valencia!, tu insigne campanario!

El mismo climax se alcanza en *Motivos valencianos* (38), que igualmente principia en «la marcha vertiginosa» del tren que llega al arco de triunfo de Játiva, y alcanza al recuerdo de su Andalucía, para el poeta un máximum imposible de superar —«es levantina a un tiempo que es andaluza — y también la guitarra vibra en sus fiestas», y a la nostalgia del pasado moro; y en *Mis amores en Valencia* (39), donde la compara con una novia a la cual ha raptado, predominando en el elogio el sentimiento de la huerta (40).

Y de un interés muy subido es *El viaducto de Alcoy* (41), por cuanto a pesar del motivo técnico, «progresita», del poema, la luminosidad de la tierra está muy presente, «la rumorosa Alcoy, — ciudad al sol dorada». Lo mismo que en *Valencia* (42), junto al recuerdo de la música andaluza

(37) CAM, 443-5 en serventesios alejandrinos.

(38) CAM, 451-2, en serventesios dodecasílabos. A propósito del recuerdo andaluz, véase el texto de su recepción en el Círculo Valenciano de Buenos Aires, *ibíd.*, pp. 569-70.

(39) CAM, 452-4; en serventesios dodecasílabos también.

(40) En *Motivos valencianos* hay una descripción de la batalla de flores en la Alameda. También en este marco se desarrolla el romance heptasílabo de esa índole costumbrista, *La «traca»*, ferias en la Alameda incluso, CAM, 445-7. Y en este mismo apartado hemos de incluir el soneto *La paella* (CAM, 326), «español e insigne monumento» (en *El «solera»*, que sigue, la riqueza poética y metafórica es mucho mayor).

(41) PC, 133-5.

(42) CAM, 447-50, subtitulada *popular*. También hay una mención del Ateneo en *Mis amores en Valencia*.



y la evocación de los moros que se fueron, reiterados otra vez, la ven las cuartetos ya intelectualmente un poco «como tesoro — entre el magnífico coro — de las provincias de España», y hay una mención de su Ateneo, en definitiva bastante parecido al canto cartagenero que estamos introduciendo (43).

LAS VISIONES ESPAÑOLAS

En varias de las poesías que quedan citadas, a pesar de su argumento local, está muy vivo, e incluso en algunas estrofas o fragmentos se diría que predominante, el tema nacional, el de toda España pero, insistimos en ello, parece que cual conjunta realidad inspiradora en una dimensión que no deja de ser geográfica. Ya lo hemos hasta comprobado en algún caso por las mismas citas concretas de ellas hechas. Así en *La niebla*, *Caminando a Valencia*, *Valencia* y *La paella* (44).

Aunque decíamos que donde más constante es ese tránsito de lo regional o incluso local a lo nacional *in genere* es en los motivos castellanos.

Efectivamente, tal nos ocurre en *El escudo de Castilla* (45), título éste —al cual convergen, de carne y hueso, las demás regiones, favorecida esa afluencia por la irregularidad del metro (46)— de escudo que confirma pintiparadamente cuanto venimos diciendo, ya que el poeta emplea el vocablo metafóricamente, en sentido geográfico, y no en el literal heráldico ni siquiera directamente en su trasposición histórica: «De las dos grandes Castillas — y del plano de la Mancha, — las llanuras prodigiosas — se dilatan, se dilatan, se dilatan».

En los sextetos alejandrinos de *Salamanca* (47) todo es lo majestuoso a la sabiduría y a la poesía desde una óptica patria (48), haciéndose abstracción del paisaje, de la encarnación en el mapa; «—si de ti se tirase

(43) *La isla de Tabarca* (PC, 88-92) es polifacética, correspondiendo a esa su segunda residencia ya habitualizada.

(44) Cfr. el poema de despedida a Rueda en Buenos Aires, el año 1913, por Natalio Abel Vadell, en el *Infanta Isabel*, CAM, 588-9.

(45) PC, 26-8.

(46) «Viene Murcia la severa, — la que el ínclito Rey Sabio iluminara, — con la furia de un torrente — y de bélicos relámpagos armada».

(47) PC, 23-5.

(48) Incluso con su puesta al servicio del momento concreto, año 1909, guerra de Marruecos otra vez: «En el alto momento de esta fiesta sagrada — en que eleva desnuda nuestro pueblo la espada, — un gran beso pongamos en su bélica cruz: — a hacer hilas, doncellas; a hacer versos, cantores; — a la muerte los héroes coronados en flores. — ¡Viva España!, gritemos. ¡¡Caiga el cielo hecho luz!!».



cual de planta frondosa, — toda España sería tu raigambre grandiosa, — ¡pan inmenso de tierra que el mar viene a ceñir!».

Y en los versos libres de *El acueducto de Segovia* (49) es todo presentimiento del imperio futuro ante la metáfora bellísima de aquel como copa, copa que el poeta supone elevada por el anterior emperador Trajano, con una convergencia a los pies del monumento, ésta histórica más que geográfica, que nos recuerda con esa salvedad la del «escudo» castellano.

La localización geográfica es también el punto de partida de otros poemas del mismo signo, pero aquella resulta menos concreta y se desborda de inmediato en un tema que trasciende casi siempre a una sola región. Así *La fresa*, del puesto, como un dibujo de Huertas, a la vasija, con la metáfora del beso, que desde Aranjuez llega a extenderse a «todos los labios — de Extremadura a Valencia, — y desde el bello Galicia — hasta el confín de mi tierra» (50); el *Desfile de claveles* (51), con la imagen de la vihuela como obediente inspiradora, «sugestiva guitarra mora que encierras los brillantes aires de España» dándonos «el pregón de las flores de nuestra patria»; la aparente dimensión religiosa, pues es la bandera, de *Las rosas y las casullas*, uno de los doce sonetos (52) dedicados a esas flores; tema que vuelve en la contraposición de las dos banderas, la roja y gualda de «lo oficial y lo altivo» y la mantilla blanca, la de las almas y los corazones, el símbolo de Sevilla pero con una dimensión nacional dentro de lo universal y la exhortación para que la canten a los demás poetas españoles (53); *El tablado flamenco* (54), en tetrástrofos monorrimos pero que casi nunca resultan arcaicos, donde «un aire de España que al sueño convida — se ajusta a la cuerda llorosa y sentida»; e imaginada «España toda un orfeón inmenso» al cantar en un soneto a los coros Clavé «en medio de la regia Barcelona» (55).

En tanto que *Los estruendos del Cantábrico* (56) nos vuelven a esa poesía cívica, de la que tanto veremos en la loa a Cartagena que nos aguarda. Es como una oratoria progresista del oleaje: «Y desde Cádiz al Norte, — de Barcelona al Atlántico, — de toda España van gentes — a oír sus versos al trágico».

(49) PC, 33-5.

(50) CAM, 226-8; romance.

(51) CAM, 260-1; cuartetos libres.

(52) CAM, 330. «La casulla roja y gualda» como «¡un jirón del jardín del Paraíso*». Cfr. a la p. ix del mismo volumen, «del oro de su cabello y el fuego de sus claveles».

(53) CAM, 52-3; romance dodecasilabo.

(54) CAM, 7-8.

(55) CAM, 350.

(56) CAM, 461-2; romance.



Al ver los jazmines en América (57), evoca en Buenos Aires a los de Sevilla, imaginándose los llevó allá Colón, pero en sus aceros, en las puntas de las lanzas de los héroes de Castilla. Dominante de lo caballeresco e incluso lo bélico que también es el *leit-motiv* de su canto expreso a *La bandera española* (58), de la cual sólo es digna asta la Giralda, haciendo trilogía con el manto y la capa, bautizada por Dios con los vinos españoles, y la afluencia de las músicas de todos los vientos peninsulares: «El zortzico vibra en ella — y el gemido de la gaita, — y la jota aragonesa (59) — y la andaluza guitarra».

En fin, en un tono muy otro, bellísima es la suave nostalgia de la despedida estacional que del solar patrio hacen los pájaros migratorios (60), «las brillantes aves de España», a las cuales envidia su libertad alada: de la *Alhambra llena de flores*, el *Darro umbroso*, los artesonados y los jardines del Alcázar de Sevilla, las torres de Burgos; «valles de Asturias, huerta murciana, — la de Galicia zona galana, — de Elche ardoroso palmar gentil, — de la Montaña tierra eminente, — Bierzo que llevas claro y riente — por lecho de oro rodando el Sil», y «cuando ilumina la luz de España». Y, ¿cómo no iba a tener el poeta nostalgia de su país, si la tiene, si nos la confiesa, y neurotizante, el sufrimiento morboso de no ser ubícuo, de muy diversos «suelos extraños» a los cuales recorre «con la mente» entre las alharacas de la nochebuena (61), aunque también entre en el acervo la reja de Sevilla: los canales de Venecia, los arenales y las pirámides de Egipto, Jerusalén y Grecia? Nostalgia en la que se ha convertido la geografía por una necesidad angustiosa, pero no inhibitoria sino fecundamente, hasta el punto de causarle tristeza la vuelta a su ciudad y a su hogar.

Y así, antes de dedicar unas líneas al Rueda cantor del paisaje murciano, inmediata introducción a nuestro argumento cartagenero, hemos enlazado con nuestro punto de partida, el del poeta tan comprometido con el espacio.

(57) Del libro «De mi segundo viaje a América»; CAM, 363. Es un soneto.

(58) CAM, 474-5; romance.

(59) Cfr. *La jota* (PC, 180), ¡bélica también!

(60) CAM, 311-2; sextetas.

(61) *Canción melancólica*, *serventesios asonantados*; CAM, 431-3.



EL VATE MALAGUEÑO ANTE MURCIA LA HERMOSA

Un paisaje murciano (62) al que fue muy sensible, y ello ya podía esperarse si tenemos presente su pareja actitud hacia Valencia. Pero que hay que tomar en sentido integral, y no sólo en el geográfico.

Aunque naturalmente sea éste el predominante. Tanto que nos hace pensar, lo mismo que los recuerdos de su propia tierra andaluza que ya hemos visto le despertó Valencia más de una vez, en un capítulo aparte de las analogías y diferencias hispanas, concretamente en los confines de las Andalucías por esos vientos levantinos y en las infiltraciones mutuas de las limítrofes Almería y Murcia para ser más precisos.

Huertos de Murcia (63) es una serie de ocho sonetos, el último compuesto al ser nombrado hijo adoptivo de la ciudad. Y consisten en una orgía de colores que parecen convertirse por sí mismos en las metáforas más variadas donde desde luego se dan cita muchas constantes del poeta, el cual aspira nada menos que a hacer de su cráneo una maceta de la huerta (64), ve los tapiales desbordantes de rosas «cual los floridos flecos y caireles-llenos de luz de manileños chales» y nos asegura que «en vez del revibrar de las espadas — parecen los claveles lumbaradas — y las naranjas proyectiles de oro».

Constante aquella la de la muerte, pero hay que reconocer que bajo un prisma más vulgar, el de la mera supervivencia del espíritu y la obra, «en urna cineraria de un templo levantino», la dedicada a *Las entrañas del Rey Sabio* (65).

En tanto que *Los ojos de la Dolorosa* (66) más bien son un poema a la devoción a esta Virgen y su ángel.

Y en la vecina *Torrevieja* (67), un soneto laudatorio bastante inconcreto en sus elogios, aunque formen parte de éstos al iniciarse la segun-

(62) Cfr. M. GIMENEZ PRECIOSO: *Vicente Medina y Miguel de Unamuno a través del paisaje*, en «Murgetana», núm. 53 (1978), 87-93; y J. GARCIA MORALES: *Vicente Medina y el otro* 98, «Primera Semana de Estudios Murcianos», Academia de Alfonso X el Sabio, 1961. Más autobiográfico es el tema de G. GARCIA MARTINEZ, «*De Murcia al cielo*». *Un poema de Zorrilla y dos cartas para sus amigos de Murcia*, Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 1972.

(63) CAM, 340-3.

(64) Recordemos el gemelo pensamiento de una ofrenda *post mortem* que le suscitaron las cuevas de Mallorca y las campanas de Valencia.

(65) CAM, 185; serventesios asonantados alejandrinos.

(66) CAM, 19-21; estrofas de doce versos con tres sílabas.

(67) PC, 348.



da estrofa «cerquen un puerto con su luz latina — tus ondas en que el sol se desbarata», pero con otra constante de Rueda que ya conocemos, la de la imaginaria convergencia de las geografías a un punto predestinado, y con la que nos volveremos a topar en Cartagena, «y a él lleguen en rodante catarata — buques sin fin en procesión marina — [...] — Y a ti vendrán de razas diferentes — raros idiomas y remotas gentes». Algo que nos recuerda los textos de Isaias en la liturgia de la fiesta de los Reyes Magos.

En fin, la tierra murciana, y concretamente sus confines cartageneros, formó parte de la biografía y no sólo dio materia a la inspiración del poeta de Málaga.

Pues en la Encañizada del Charco, del Mar Menor, escribió el 16 de octubre de 1913 los cuatro sonetos de *Cuerdas graves* (68), cantando su silencio, su soledad, su paz, como un ideal monasterio laico, tanto que le permitía anteponer expresa e indubitadamente la naturaleza a la cultura. Y en el palacio de Antonio Espinosa en Cabo de Palos escribió del 24 de diciembre de 1911 al 6 de enero de 1912 *La epopeya del templo* (69).

Pero más lejos que nunca hemos estado en este apartado de la exhaustividad, habiendo sólo pretendido suscitar en él una investigación más detallada que sería otro eslabón de aproximación literaria entre dos pueblos de España.

No olvidemos que Salvador Rueda publicó en 1902 uno de sus libros descriptivos titulado *El clavel murciano* y que prologó a *Frutos Baeza ¡Cajienes y albares...!*

Y ya hemos llegado a la Cartagena de nuestra meta, los dos poemas hermanados que en *Cantando por ambos mundos* anteceden a las acabadas de citar *Cuerdas graves*.

(68) CAM, 42-3. Para sus veraneos isleños frente a Alicante, véase J. GUERRERO: *Salvador Rueda en Tabarca*, en los «Cuadernos» citados en la nota 25, pp. 69-80. Se iniciaron aquéllos hacia 1906, con la intervención de Gabriel Miró, que acababa de obtener por su novela corta *Nómada* el premio de «El cuento semanal», cuando el malagueño estaba ya pensando en Santa Pola, «que está cerca de ese inmenso Domingo de Ramos de Elche y de la señorial Alicante». Por cierto que en aquellas copiosas, espléndidas e inexploradas colecciones de novelística corta que se extienden desde 1907 hasta la guerra civil, hay unos cuantos títulos de Salvador Rueda. Así en el mismo «cuento semanal», *La guitarra*, *Versos*, *El poema de los ojos* y *El poema a la mujer* (núms. 5, 53, 82 y 158); en «La novela corta», *La reja*, *Donde Cristo dio las tres voces*, *La Virgen María* y *La vocación* (núms. 90, 174, 228 y 280); en «Los contemporáneos» *El salvaje* y *La musa* (núms. 40 y 682), título el primero de ambos que se repite en «El cuento azul» (núm. 25).

(69) CAM, 483-539.



EL CANTO A LA CARTAGENA DE SIEMPRE Y A LA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

El poema a *Cartagena* está escrito (70) en estrofas (71) de seis versos aconsonantados, dodecasílabos en las 17 de que consta la primera parte y de dieciséis sílabas en las 11 de que consta la segunda (72), cada una compuesta por un pareado y un cuarteto.

Lo suficientemente longínquo, pues, para permitir el abordaje de aspectos y asuntos muy diversos, unos muy concretamente cartageneros, otros no tanto, pero sí ligados a las características de la ciudad sin que haya habido para su inclusión necesidad de forzar las cosas, y que en todo caso van a dejarnos una vez más encontrar algunos de los motivos permanentes que como tales ya conocemos a nuestro vate.

Por adelantado vaya que no podemos abrigar duda ninguna de lo esencial de la dimensión marina en la visión que el poeta malacitano comienza teniendo, y la mantiene (73), de la portuaria ciudad mediterránea, *Cartagena parece diosa marina* al principio y *Cartagena parece marina diosa* en el retruécano que inicia la estrofa tercera. Y no sólo portuario sino submarina, imagen que por tres veces se nos reitera:

*Una es ciudad que dora la luz del día,
y es la que abajo tiembla, su fantasía,
que la noche, de encantos viene a poblar;
y es que Dios, de su gloria dio a Cartagena
un cuerpo en que estallante la vida truena
y un alma milagrosa para soñar.*

Sí. Dos ciudades. De manera que «hay, para doble gala dos Cartagenas; — una sobre cojines hecha de arenas, — y otra bajo las ondas, hecha con luz». Y engendrada la segunda por la primera: «y como si en las ondas

(70) CAM, 38-42.

(71) A propósito de la métrica de Rueda. Paul Claudel confesó que sus tan característicos versos largos debían más que a la poesía francesa a los salmos latinos oídos en la liturgia de las vísperas dominicales. Por si alguna analogía remota hubiera recogemos este recurso del Malagueño (CAM, aiv-xv): «y auscultar en las profundidades de las músicas interiores el sistema rítmico que corresponde a cada asunto, fue el constante ejercicio de mi vida. Me ayudó a facilitar más este ejercicio, mi conocimiento, siendo casi niño, de tres cursos de latín, aprendidos bajo la dirección del bondadoso y muy culto sacerdote señor Robles, que venía desde Benajárfate a darme lección en mi aldea circuida de altos montes, aquel sacerdote, que llegó a barruntar y escribir un ante-esperanto basándose en su ciencia de la filología».

(72) En adelante CI y CII.

(73) CI, 1, 3 y 6.



viere una perla — elegante se inclina para cogerla — y hunde los pies dorados dentro del mar». «Como una ondina».

Y por si fuera poco, la esencia marítima retorna otra vez, también definitiva de «Cartagena la divina» (74), en la primera estrofa de la segunda parte», «la columpia el mar y canta sobre azules mecedoras». Como antes «bello sagrario, que el mar mece lo mismo que un incensario y su aroma a los cielos va en ascensión». Nota la última que ya nos despierta a la tipificación del sol mediterráneo (75), del uno al otro crepúsculo, — «el sol con bruñidores sus torres dora» y «quemar tus rojas ascuas rosas divinas»—; y enlazando con la doble visión anterior, con el desdoblamiento urbano si queremos, «y en el aire clavando sus altas cruces, — como una cegadora ciudad de luces — del mar maravilloso sale gentil».

¿Realidad y fantasía? Sí. Pero mejor diríamos que una fantasía que ha tomado alas de la realidad o una realidad que se ha dejado gustosamente transfigurar por la fantasía.

Por lo cual la puerta queda abierta para el retorno a la realidad sin salirse de la elevación poética. En este instante al puerto (76),

*desde el puerto grandioso que la engalana
dirige sus miradas hacia Estambul.*

Y al campo circundante (77), «con sus dátiles áureos y berberiscos», pero traídos a la rima «con las conchas salobres de sus mariscos». Y los violentos claveles, las nobles rosas, las locas parras y las «dos cigarras que los himnos de agosto saben cantar» y «le ornan las dos orejas», todo ello a la hora de la siesta.

Terminándose por cierto el poema con esa la triple síntesis del mar —«y te das fiestas de azules de tu mar en el confín»—, el puerto —el «espejo en que las naves asomáronse de Tiro»— y el campo —los «bárbaros claveles» como «lumbraradas» y las «rosas cual tazones».

Pero hay más.

Ya conocemos, aunque acaso al que menos, a ese Salvador Rueda cívico, al cantor del Ateneo de Valencia por ejemplo, el que todavía a

(74) «Cartagena la galante», que se añade.

(75) CI, 10 y 11.

(76) CI, 7.

(77) CI, 2 y 9.



sus alturas cronológicas y a pesar de los hondones de su esteticismo y su inequívoca filiación modernista, nos recuerda al ya trasnochado Quintana de la *Oda a la expedición española para propagar la vacuna en América*.

Y ese poeta, progresista y ya sin entrecomillar en el más estricto sentido literal de la palabra, tiene una estrofa en su poema (78) para las Escuelas Graduadas (79) Gisbert, cuyo edificio, por cierto de estilo modernista aunque austero, todavía se conserva en la ciudad: «son sublime incubadora de mil ciencias revestida — son el seno milagroso de un ovario colosal».

Y otra exaltación para el Hospital de la Caridad (80), esta vieja institución cartagenera, fundado en 1617 y que ocupaba un edificio de 1710 (81), pero floreciente y al día entonces (82); «su hospital es un portentoso»; y «tu piedad te hace otra excelsa y otra azul Jerusalén».

Un recuerdo también para el Penal (83), reducido lisa y llanamente a una demanda de misericordia a la Corona, y a la fuerza un tanto prosaica.

Y, ¿cómo no?, las loas, todavía de un entusiasmo decimonónico no apagado, a la ciencia y la industria. Las minas (84), —«es tu suelo un manto rico de lujosos minerales», «con agujas de oro y plata el minero te hace chales»—, a la postre prestadas al ditirambo grandilocuente —«de

(78) CII, 4. «Porque pulsa la lira de Quintana» se le dijo en el poema citado en la nota 44.

(79) Las Escuelas Graduadas o Grupos Escolares se contraponían a las unitarias o monodidácticas. Estaban divididas por el grado de los conocimientos a impartir, pero todas comprendían las mismas materias, si bien a nivel distinto, y bajo la única dirección de un maestro primero, por lo cual no equivalía a su dicha diferenciación la de párvulos, elementales y superiores propia en cambio de las otras. El Real Decreto de 26 de octubre de 1901, reiterado por el de 8 de agosto de 1910, convirtió en graduadas todas las Escuelas Nacionales. Pero que Cartagena, a principios de siglo, contara con una capacidad para 700 alumnos en las suyas, no era común ni mucho menos en la pedagogía española, de manera que la Enciclopedia Espasa (XI, 1429) escribía ser «de las poblaciones del país donde más extendida está la instrucción, y si bien no posee bibliotecas públicas, son relativamente pocas las personas que no saben leer ni escribir».

(80) CII, 5. Cfr. del poeta, *¡Limosna a los niños deformes!* (CAM, 8-10), a una institución en Chipiona.

(81) Hoy se ha trasladado fuera del casco a un edificio moderno, pero subsiste parte del monumento antiguo. Véase J. SOLER CANTO: *Cartagena en su hospital de la Caridad*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1980).

(82) Administrado por una Junta autónoma, con capacidad para unos 130 enfermos y un presupuesto de 250.000 pesetas, por aquellos días.

(83) CII, 9.

(84) CII, 8.



tu seno salen ríos como Niágaras de oro — que le dan la vuelta al mundo como Niágaras de luz». Y la «fábrica grandiosa» de vidrio, «tu copero esplendoroso»: «de los vidrios, vasos, copas, cual teclados musicales — y de todo, un mundo acorde, una orquesta, una canción» (85).

Camino industrial que nos devuelve otra vez al mar, en Cartagena omnipresente. Concretamente a los astilleros (86), «es tu dique brazo enorme que se eleva soberano», y al barco de él salido «lo vacía como copa de contorno colosal».

Y acaba llevándonos al comercio a través del puerto mismo, «rumoroso, vasta alhóndiga del mundo», con su muelle «himno jocundo como bronco campanario», que llega a la liturgia laica, «yunque fuerte que vibrando llama a misa a las naciones — e impulsadas por las hélices de gigantes pulsaciones, — bajo el palio de sus velas, como a un templo van a ti» (87).

Pero el puerto tiene todavía otra misión, que también mereció, lo hemos visto, en ocasiones no raras, la exaltación de Salvador Rueda, la militar (88), ya que nuestro poeta no es precisamente un ejemplo de la disociación entre las armas y las letras. Dimensión militar determinada por «los agrios montes que defienden su salida», como «lengua en una boca» circundada por «la inmensa dentadura» de una «serie de castillos»:

*es la gran lengua de acero con que hablar aún puede España,
y hablar alto, y hablar fiero, y hablar bronco, y hablar bien.
Su sintaxis construida de alaridos de cañones,
su prosodia de estampidos y su ritmo de explosiones,
aún logran que temblasen mil coronas en la sien.*

Y al fin, volviendo al punto de partida, a la esencia marítima, cerramos el ciclo, tomando el puerto mismo como lugar de arranque y por meta la ventana abierta al dicho mar sin puertas, por todos sus cuatro vientos y asequibles sus caminos a las siete partidas del mundo.

Es la afluencia planetaria (89) por todas las rutas oceánicas, policromada por la misma batahola de las más variopintas gentes sus participan-

(85) CII, 10. Cfr. *La Habana futura* (CAM, 69-71), con la desorbitación del tema del progreso combinado con el más bien fantástico de la afluencia geográfica. En *La «traca»*, que ya hemos citado a propósito de Valencia, Rueda describe poéticamente el proceso científico del fenómeno inspirador de sus propios alientos épico y visión lírica.

(86) CII, 7.

(87) CII, 6.

(88) CII, 2 y 3.

(89) CI, 12-16.



tes, entre la realidad y la fantasía de nuevo, por lo cual nos retornan igualmente las imágenes del desdoblamiento,

*doble ciudad que el cielo quiso crear;
una la real, y la otra toda quimeras,
ondulando con tierras y con palmeras,
con palmares y templos dentro del mar.*

Convergiendo a la cita los incienso y dromedarios de Arabia, las rosas de Alejandría, los rosarios de Jerusalén, un velo como un tesoro de Persia, un ánfora con asas de oro de Egipto, un biombo con aves y quitasoies del Japón, y las conchas de Manila. Eso del Este. Y del Sur los pavos reales. Y del Norte Lohengrín, pero en el forro de plata de un cisne de largo cuello; y un peplo de encajes de Alençon — rara la seducción de lo francés, dijimos ya, en el de Málaga, al contrario de su metamorfosis exótica prodigada por el americano Rubén Darío. Sin que falten los espectadores: las góndolas de Venecia, y Rusia nevada y arrebujaada en las pieles de sus osos blancos.

Falta el Oeste. ¿Por qué? En cuanto al norte de América, no olvidemos la proximidad de la fecha de 1898, de tan indeseables y penosas resonancias en una sensibilidad patriótica tan acusada como la de nuestro poeta. Y en cuanto al sur del mismo continente, quizás por estar ése tan familiarizado con él y no siempre desde la distancia, se trataba desde su óptica de algo doméstico, poco adecuado para un tratamiento colorista cual el reclamado por este trance. Y por otra parte, la mención de aquella mitad septentrional, ¿no hubiera supuesto, en la mentalidad de entonces, una reduplicación de las anteriores presencias que ya hemos analizado del maquinismo?

A pesar de la paradójica presencia de «un mantón de flecos de Andalucía». Pero... es que no hay tierras buenas ni malas, sino sólo la tierra de uno, que ha escrito Francisco García Pavón. Y de ahí que de esa manera hubiera de completarse esta «leyenda de oro del desfile de razas y continentes».

Mas con todo y eso, con todo el elemento fantástico que lleva consigo esta fastuosa procesión geográfica, no le basta al propio cantor para sí, requiere más oxígeno, se diría, su vagarosa imaginación creadora, menos realidad aprisionadora todavía, una liberación más integral y honda de los contornos del mapa. Y sólo la encuentra en la segunda de las dos Cartagenas, en la submarina, alcanzando así su poema el máximo climax (90),

(90) CI, 17. Así termina, pues, la primera parte.



coincidente igualmente con la mayor excel'situd concebible de la exaltación de un lugar o una ciudad:

*Yo veré del desfile la maravilla,
no en la ciudad tangible que regia brilla
y hasta el cielo se eleva como un altar;
sino a la otra mirando, toda quimeras,
la que ondula con torres y con palmeras,
con palacios y templos dentro del mar...*

